



# SOBRE LA RELACIÓN SOCIEDAD E INDIVIDUO<sup>214</sup>

## ABOUT THE RELATION SOCIETY AND INDIVIDUAL

ÁSTOR GARCÍA GIL

115

Hallándose en el rincón favorito de su pequeño bosque, observó la manera en que los rayos de luz atravesaban frágilmente las ramas de los árboles y acababan rebotando en la tez de aquellos que le rodeaban, mirándole con cara perpleja y repleta de adulación. Los observó uno a uno, cada una de sus pequeñas diferencias, y en sus labios se dibujó una leve sonrisa, apenas perceptible. Permitió que aquel instante se prolongara algo más, disfrutando de cada segundo. La brisa, que en aquel día de primavera gozaban, agitó los cabellos de sus oyentes y produjo algún que otro suspiro nostálgico tan propio de aquella época. Al final, se decidió a hablar ante la cara de impaciencia de su discípulo más cercano.

–Si no he entendido mal la cuestión, Luna, deseas saber cuál sería, en mi opinión, la relación idónea que se daría en una comunidad perfecta entre la sociedad e individuo.

–Así es, maestro –respondió su discípula, quien acababa de sentarse en una de las abundantes rocas que estaban diseminadas en aquel armonioso lugar.

–En tal caso, como siempre he defendido, hemos de aclarar los términos pertinentes para evitar confusiones no deseadas –el maestro se

---

<sup>214</sup> Nota biográfica: este artículo no está apoyado en citas de otros autores. Sin embargo, como enano a hombros de gigantes, toma ideas de ellos. Dichas opiniones no se encuentran en textos suyos o en un libro en concreto, sino que son ideas generales suyas. Por ello, la bibliografía en la que me apoyo no es tanto de libros sino de autores y de su influencia.

De esta forma, se pueden observar las influencias de Hegel en la idea de que todo ser humano está en relación con el resto, de Aristóteles en el *Zoon politikón*, de Durkheim a la hora de rebatir que la sociedad haya de gobernar al hombre, de Hobbes con su Leviatán, de Habermas en llegar a la cooperación perfecta entre sociedad e individuo a través del diálogo y de Adela Cortina con los máximos y los mínimos.

acarició la barba y peinó sus cabellos—. En primer lugar, nos encontramos con el individuo. A éste lo tomamos como sujeto que se conoce a sí mismo como tal, que tiene una identidad y es conocedor de la misma. Por ello, una persona que no posee una identidad, aunque ella no vaya más allá de imitar al prójimo, no es individuo, es tan solo objeto. Y además, el sujeto, si bien no ha de conocer por obligación el carácter de la misma, sí ha de descubrir su existencia, pues de lo contrario, al igual que en el caso anterior, sería un objeto.

—Maestro —interrumpió uno de sus discípulos— ¿por qué ha de conocer el individuo su identidad para serlo? ¿por qué no puede serlo simplemente poseyéndola?

Decidió levantarse y estirar sus piernas. Debido a su longeva edad sus piernas ya no le permitían aquello que antaño solía hacer: pasarse horas y horas debajo de aquel algarrobo, icono de su antiguo hogar, meditando y escuchando tan solo el silbido del viento y el canto de los ruiseñores.

—Tienes razón, Marco. De mi padre aprendí la necesidad de exactitud en las explicaciones si se ha de llegar a un acuerdo o, al menos, que la parte oyente comprenda aquello que se desea expresar. Por ello aumentaré de ahora en adelante mi precisión y, si a alguno le asalta alguna duda o simplemente quiera apuntar alguna opinión, por favor, hacedlo —así concluyó su disculpa y, al no recibir por respuesta más que un leve quejido de los árboles que le rodeaban, prosiguió—. Pues bien, querido alumno, has de saber que todo ser humano nace con una identidad propia y única. Esta puede estar regida por deseos de grandeza, de sabiduría, de amistad o de felicidad o simplemente por sueños de destacar o imitar; no nos concierne ahora el juzgar el tipo de identidad idóneo, si es que siquiera existe. El punto esencial es que todo hombre posee de manera natural una identidad y esta ha de ir desarrollándose y limando sus asperezas conforme el individuo se forma en sus primeros años, en aquella época en la que el niño es niño y como tal actúa como una esponja, como el ser inocente que es. De esta forma, una vez delimitado, ha de conocerse como ente separado del resto, aunque se relacione necesariamente con ellos. Una vez aquí nos encontramos con el individuo en estado latente, con aquel que es y sabe que es aunque no sepa qué es. La pérdida de su sustantividad viene acarreada por dos momentos: el primero en el que el individuo olvida su identidad, y el segundo en el que en ese espacio abandonado por esa identidad evaporada se instala una identidad ajena e impuesta.

El maestro se levantó y se acercó a la orilla de su pequeño y animado estanque, inclinándose ante él. Al jugar con aquella agua cristalina se concentraron en torno a su mano unos cuantos peces y su pequeña tortuga huyó en dirección opuesta temiendo a aquel gigante. Al cabo de unos minutos de reposo decidió proseguir su charla.

–Este estanque tiene su propia vida ¿no es así? Pero en el caso de que el agua se evaporara y en su lugar se arrojase tierra, se convertiría en un espacio llano, diferente de esta laguna que ahora observamos. Sin embargo, el lugar sería el mismo. Pues lo mismo pasa con la desaparición de la identidad. El lugar o el cuerpo parece ser el mismo, pero su interior es totalmente diferente, su identidad ha desaparecido. Y esto es lo que ocurre en el momento en el que la sociedad borra la identidad de uno y en su lugar confina su tierra, aunque no es el único de los casos.

–¿Se podría decir que lo que pretende la sociedad es evaporar el agua de nuestra identidad para remplazarla por sus deseos y de esta manera borrar a su enemigo, al individuo? –preguntó en forma de aclaración Marco.

–Sí y no –respondió el maestro–. Tan solo la sociedad que se intenta hacer con el monopolio de la comunidad, pero esto no siempre ocurre. Aunque sin duda ha habido en la historia sabios que pensaban que esto debía ocurrir, que es la sociedad quien debe de regir al individuo, como Durkheim, uno de los padres de la sociología francesa, el cual defendió que la sociedad es un organismo que le es dado al individuo y que lo debe de conformar obligándole a seguir sus pautas, normas y reglas sociales, siendo de lo contrario un enfermo, lo cual, en mi opinión, es un disparate; pero siguiendo las idea de que somos enanos a lomos de gigantes, por descabellada que nos parezca una idea de un pensador anterior, como la citada de Durkheim, la tendremos en cuenta. A su vez también puede ocurrir de manera inversa, que el individuo pretenda eliminar a la sociedad para hacer suya la comunidad; en esta dupla, no hay un bueno y un malo, solo dos compañeros. Pero esto lo veremos posteriormente impaciente, ahora hemos de aclarar los otros dos términos: sociedad y comunidad. Si nadie más tiene alguna duda, proseguiremos. Ahora necesito que vosotros, mis alumnos, me escuchéis con atención puesto que la diferencia que ahora voy a tratar ha de ser entendida necesariamente; esta diferencia es la existente entre los dos términos que hemos de explicar. En primer lugar, nos vamos a centrar en la comunidad. La palabra comunidad proviene del latín *communitas*, la cual a su vez procede de *commūnis*, es decir, común. Como todos sabemos, el hombre vive necesariamente en relación, quiera o no. Esto se ve de manera clarificadora en la filosofía hegeliana. El filósofo alemán concebía que todo hombre está relacionado con sus semejantes. De hecho, se me viene a la mente un antiguo cuento que escuché en uno de mis viajes por los pirineos. No es cuestión ahora de aburrirlos con él, pero me parece interesante que escuchéis la parte más sobresaliente.

Antes de proseguir les dio la espalda a sus alumnos y se alejó unos cuantos pasos de ellos y se quedó callado. Al cabo de un tiempo, uno de ellos se levantó con impaciencia y le pidió que prosiguiese. El maestro continuó callado, ante lo cual su discípulo volvió a su posición original. Tras unos

minutos, entre sus alumnos existía un debate en forma de rumor sobre si debían respetar e imitar el silencio de su maestro o si debían pedirle que prosiguiese con su lección. Cuando los susurros se convirtieron en rabia, el maestro se giró y comenzó a hablar.

–Y esta es la parte más importante de aquel cuento –dijo el maestro con una leve sonrisa marcada en sus desgastados labios–. En el cuento el sabio se retira para no influir en la vida de sus conciudadanos por diversas cuestiones que no vienen al caso pero, una vez convertido en ermitaño, influye de otra forma en ellos. Los hombres que lo descubren y observan su paz comienzan a imitarle y a abandonar a sus familias, pues como no me cansaré de repetir, la relación entre los hombres es necesaria. Y eso mismo he pretendido mostraros yo ahora. Aun ignorándoos y evitando el contacto con vosotros, he influido en vuestra vida hasta el punto de cambiar vuestras emociones y enfrentaros. De esta forma me parece que queda demostrado que todo hombre vive en relación con el resto, y a esta relación en común, compartida, he dado a llamarla comunidad. Por ello, entenderemos la comunidad como aquel marco de relación en el que el ser humano se encuentra necesariamente, aquel contexto común, que se refleja de manera clara, como el agua de este estanque, en la propia palabra comunidad.

–¿En ese caso la comunidad sería la puesta en escena del *Zoon politikón* aristotélico? ¿Sería la forma de materializarse el carácter social del hombre? –preguntó Luna a la vez que se distraía con una mariposa recién posada en un diente de león cercano a ella.

–La comunidad sería donde se desarrollaría, el marco donde necesariamente pasa a relacionarse, donde se da el animal político –apuntó el maestro–. Y, de esta forma, pasamos a la sociedad, nuestro último concepto que hemos de explicar. Este concepto proviene de la palabra latina *societas* que significa compañía y esta, de *socius*, que es compañero. Por cierto, la sociedad la entiendo de una forma que se puede explicar fácilmente a través del monstruo de Hobbes, de su Leviatán. El filósofo inglés creó un prodigio cuya función residía en gobernar al hombre, a una compañía. Ese monstruo creado por él es una de las formas de sociedad, es una de las maneras en la que el conjunto de compañeros se gobierna, ya sea creando una criatura u otra, una que los gobierne sin libertad alguna o una que se alimente de las decisiones del pueblo. Por ello, la sociedad sería un ente abstracto que se crea a partir del conjunto de hombres, o compañeros para ceñirnos a su etimología, para crear un orden entre ellos, una forma de que, en el marco de la comunidad, se conviva. Siendo así el Leviatán de Hobbes una forma de este ente, una forma entre muchas.

–¿Y no podría este ente ser creado de manera egoísta por el individuo conforme a intereses particulares, absorbiendo así a la sociedad en pos del individuo? –preguntó de nuevo Marco.

–Así es. Veo que la paciencia no es una de tus virtudes, puesto que es lo que pretendía y pretendo explicar. Tranquilo, llegaremos a ello – respondió el maestro–. Y así quedan definidos los conceptos necesarios para abordar la pregunta que me ha hecho vuestra compañera Luna sobre la relación perfecta entre individuo y sociedad. Para la tarea que nos concierne, os contaré dos historias, una en la que, como bien ha apuntado Marco, la sociedad neutraliza al individuo y otra en la que, como también ha apuntado vuestro colega en su infinita premura, el individuo fagocita a la sociedad.

El maestro marchó hacia la salida de su jardín por aquel sendero construido con rodano. Tras observar que sus alumnos no le seguían, tan solo articuló un suave “seguidme” acompañado con un gesto de su mano derecha. Una vez cruzaron el umbral de su santuario, dirigió a sus discípulos por estrechos callejones y desmesuradas avenidas, por barrios pobres y barrios ricos, por parques estériles y por jardines exuberantes. Una vez llegados al centro mismo de la ciudad, se paró en seco, en medio de aquella plaza repleta de una multitud impasible.

–¿Y bien? ¿Qué es lo que observáis? ¿Qué les ocurre a estos individuos, a esta ciudad?

–¿Qué individuos? –manifestó Luna– Yo solo veo cuerpos indiferentes, vacíos de amor propio y repletos de una sustancia ajena indescriptible.

–Me sorprendes querida. Pero es cierto. La historia que nos atañe no hace falta ser contada, solo habréis de abrir los ojos y mirar atentamente para que os impregne. En la actualidad, la identidad está en peligro de extinción y en su lugar hay una imposición social, como apuntábamos antes en el jardín. Y además es muy fácil verlo, si paseáis vuestra mirada por esta plaza veréis tan solo una repetición de acciones, sentimientos y pensamientos. Poca gente hay a nuestro alrededor libre de esta enfermedad, de este abuso. Y lo peor de esta suplantación es que el objeto que una vez fue sujeto se cree todavía tal. ¿Veis ese hombre? Observadlo durante un minuto, cerrar los ojos y buscad otra persona y analizadla a ella. En el fondo su identidad es igual, es ajena, es un montón de tierra que ha inundado su estanque y eliminado la vida que en aquella laguna una vez se dio. De hecho, todos... –el maestro abrió los ojos como aquel que, perdido en el desierto, vislumbra a lo lejos un oasis, como aquel naufrago que, sin esperanza en el océano, agarrado a un tonel, descubre una isla. Sonrió. Sus ojos se humedecieron–. Eso, damas y caballeros, eso es un individuo libre con una identidad propia.

El maestro levantó la mano y señaló al otro extremo del lugar. En aquel rincón brillaba un aura diferente, la luz era más intensa, repleta de esperanza y de color. Se podía distinguir entre aquel mar negro de indiferencia una muchacha. Su pelo era rubio con destellos anaranjados



cuando en él se reflejaban los rayos inflexibles del sol. Caminaba por el bordillo de la acera haciendo equilibrios escuchando música y danzando. Lo más asombroso era su cara, aquella tez blanca resplandecía una ola de ternura y de inocencia, y, a su vez, su sonrisa era más sincera de lo que cualquier poeta pudiese soñar.

–Solo los locos que creen poder cambiar el mundo son los que lo hacen –susurró una vocecilla suave y tierna.

–Sabias palabras amiga, en una sociedad donde tan solo los locos tienen una identidad que no se ha corrompido, tan solo ellos pueden cambiar el mundo. Tan solo gente como aquella mujer, aquella musa, pueden actuar libremente. Ahora dejemos a aquel animalillo libre y partamos a nuestra siguiente parada.

Y de esta forma llegaron a su siguiente parada, una pequeña playa a la cual no tardaron en llegar más que unos cuantos minutos. En aquel inmenso cielo, decorado con las suaves pinceladas de un mar revuelto y las sempiternas nubes propias de aquella tierra, comenzaron a pasear por la orilla siendo sorprendidos de vez en cuando por alguna que otra ola rebelde. Mientras caminaban el maestro comenzó su relato.

–Hace tantos años, tantas décadas, siglos y milenios que mi memoria apenas se esfuerza en recordar, en el lejano oriente se crio un niño occidental a los que sus asombrosos dotes le llevaron a ser consejero del rey con apenas la veintena recién cumplida. El rey de entonces tenía tres hijos, los cuales ansiaban el trono al igual que los leones jóvenes desean suplantar al macho dominante. Un funesto día, el rey, que había salido a dar un paseo en su corcel, tuvo un accidente y, al caer de su montura, aterrizó sobre una roca, exhalando así su último suspiro. El primogénito resultó ser un gran rey y gobernó a su pueblo siguiendo las palabras de su consejero, nuestro protagonista. Pero, una mañana se le encontró asesinado en su cama, con el puñal todavía en su pecho y la sangre goteando de su mano caída, acabando en el suelo. Sin poderse demostrar la culpabilidad de su hermano, este accedió al trono y modificó todas las leyes en pos suyo, empobreció al pueblo y, desoyendo al consejero, se convirtió en un rey odiado por todos. Como era de esperar, su hermano pequeño, que había sido exiliado, disfrazado de mendigo consiguió acercarse lo suficiente a su semejante de sangre como para acabar con su reinado a la par de con su vida. Al ser tan odiado su hermano, nadie le acusó y pudo tomar el mando del reino como recipiente de toda esperanza de su pueblo. Pero cayendo esa esperanza en un pozo vacío, continuó con la manera de gobernar de su hermano haciendo caso omiso a nuestro protagonista, el cual, con tan solo dos décadas y media de vida, sabía más que cualquier rey. Cansado, el sabio consejero, decidió partir de nuevo a su tierra materna, la tierra donde acababa el mundo, Finisterre la llamaban. Allí se dedicó a advertir a sus conciudadanos cómo un solo individuo podía

acabar con toda una sociedad envenenándola con intereses propios y absorbiéndola de esta forma.

Hacia rato que habían llegado al rompeolas y paseando por sus rocas habían llegado a su final. Allí se sentaron mirando la línea del cielo, la línea del infinito, increíblemente delicada, sutil como un suspiro pero fuerte y firme como la convicción más pura.

–Ahora, maestro, ya sabemos cómo son las formas erróneas de relación en la comunidad entre individuo y sociedad –apuntó Luna–. Explíquenos ahora cuál es, en su opinión, la relación idónea, la más perfecta.

–Que así sea pues. Pero, permitidme explicároslo a través de una metáfora, la metáfora de una yunta. En nuestro caso, los dos bueyes son la representación de la sociedad y el individuo, los cuales se encuentran unidos por un yugo y arrastran la carreta, símil de la comunidad. Como hemos visto en las anteriores historias, si uno de los dos bueyes acabase con el otro, le sería imposible proseguir su camino arrastrando a la comunidad consigo y acabando él mismo de la misma manera que su compañero. Pero no solo está el problema de la aniquilación del otro; también están las disonancias de objetivos, intereses y medios. Si cada buey decide tomar un camino, lo único que lograrán será no avanzar y detener así el progreso de la comunidad. Por ello, sociedad e individuo han de ponerse de acuerdo en todo lo concerniente a la comunidad, ya que uno depende del otro necesariamente y, saliendo de la metáfora, esto se ha de conseguir a través del diálogo con un fin del bien común, un bien común en el que se refleja el bien individual. Y así, de manera semejante a la forma con la que filósofos como Habermas se enfrentan a los problemas de la sociedad, es decir, de manera dialógica, el individuo pone en común unas bases mínimas con el resto de individuos que les permita conseguir su fines, pero, para ello, el individuo se ha de dar cuenta, ha de comprender, que el bien individual prolongado viene dado por un bien común constante; de esta forma, se evita intentar envenenar a la sociedad, pues esta está construida con la base del bien común que ningún individuo desea dañar, puesto que se dañaría a la vez a sí mismo. Y a la par, la sociedad no se dedica a suplantar la identidad personal de los individuos en favor de sus deseos, ya que dicha sociedad sería una criatura abstracta creada por unos mínimos de bien común, que lo garantizan, marcados por el conjunto de individuos y sus relaciones, es decir, por la comunidad. Así, en forma de diálogo entre los integrantes de la comunidad, se protege al individuo y a la sociedad y se transforma, siguiendo la metáfora, el yugo que los une en un discurso placentero.

–¿Y cómo sería ese diálogo? –preguntó aquella vocecilla suave y tierna.

–Eso, querida, lo veremos en otra ocasión. Ahora disfrutemos de la belleza en estado puro.

